



COMENTARIOS DE LIBROS

Revisión bibliográfica

Revista de Economía y Estadística, Cuarta Época, Vol. 25, No 2 (1984): Diciembre, pp. 277-289.

<http://revistas.unc.edu.ar/index.php/REyE/article/view/4425>



La Revista de Economía y Estadística, se edita desde el año 1939. Es una publicación semestral del Instituto de Economía y Finanzas (IEF), Facultad de Ciencias Económicas, Universidad Nacional de Córdoba, Av. Valparaíso s/n, Ciudad Universitaria. X5000HRV, Córdoba, Argentina.

Teléfono: 00 - 54 - 351 - 4437300 interno 253.

Contacto: rev_eco_estad@eco.unc.edu.ar

Dirección web <http://revistas.unc.edu.ar/index.php/REyE/index>

Cómo citar este documento:

Revista de Economía y Estadística (1984). Revisión bibliográfica. *Revista de Economía y Estadística*, Cuarta Época, Vol. 25, No 2 (1984): Diciembre, pp. 277-289.

Disponible en: <http://revistas.unc.edu.ar/index.php/REyE/article/view/4425>

El Portal de Revistas de la Universidad Nacional de Córdoba es un espacio destinado a la difusión de las investigaciones realizadas por los miembros de la Universidad y a los contenidos académicos y culturales desarrollados en las revistas electrónicas de la Universidad Nacional de Córdoba. Considerando que la Ciencia es un recurso público, es que la Universidad ofrece a toda la comunidad, el acceso libre de su producción científica, académica y cultural.

<http://revistas.unc.edu.ar/index.php/index>



REVISTAS
de la Universidad
Nacional de Córdoba



Universidad
Nacional
de Córdoba



FCE
Facultad de Ciencias
Económicas



1613 - 2013
400
AÑOS

EL SECTOR EXTERNO: INDICADORES Y ANALISIS DE SUS FLUCTUACIONES. EL CASO ARGENTINO.

CEPAL (Comisión Económica para América Latina)
(Estudios e Informes de la CEPAL. Naciones Unidas, Santiago de Chile. 1982, 216 págs.).

Este trabajo examina las interacciones entre las cuentas del balance de pagos y el ciclo industrial. Entre los factores que se destacan como explicativos del estrangulamiento externo se mencionan la escasa apertura de la economía, la rigidez de las importaciones y la alta concentración de las exportaciones en bienes salario, todo lo cual genera una competencia entre las ventas externas y el consumo interno.

El análisis es efectuado para el período 1953-1978 y en él se encuentra que las políticas implementadas para restablecer el equilibrio del balance de pagos generalmente a través de devaluaciones del peso, a menudo estuvieron asociadas a recesiones industriales. Aunque se contemplan los movimientos de tendencia, la mayor atención se dirigió a las variaciones de corto plazo, tomando como referencia el ciclo de la producción manufacturera.

El estudio se divide en tres capítulos, el primero está dedicado al crecimiento y fluctuaciones de las exportaciones e importaciones, el segundo a las relaciones entre el sector externo y el ciclo industrial y el último se refiere a las fuentes y metodología empleadas.

El volumen físico de las exportaciones muestra claramente tres períodos de comportamiento diferenciado: uno de crecimiento hasta 1963/65 seguido por otro de estancamiento y un último lapso de fuerte aumento. En el primer caso se observó una tasa anual acumulativa del 3,7% que agregada a un mejoramiento en los términos del intercambio determinó que el poder de compra de las exportaciones creciera un 7,7% anual.

En el segundo subperíodo, que va hasta 1973, se estancó el volumen físico y declinaron, al principio, los términos del intercambio. Esto último se revirtió a partir de 1970 debido a un alza importante de los precios internacionales, que determinó un aumento tanto del valor

como del poder de compra. En el lapso 1973/1978 se detectó un crecimiento significativo del volumen físico de las exportaciones, que fue parcialmente compensado por un fuerte deterioro de los términos del intercambio.

La desagregación del volumen físico por grupos de productos mostró un estancamiento de las ventas agropecuarias hasta 1973, con un descenso absoluto de éstas entre 1963/65 y 1973. Luego, en el lapso 1973/1978, se observó una sustancial recuperación, sobre todo en los productos agrícolas y particularmente de los oleaginosos y de los procedentes de zonas no pampeanas.

Desde 1963 se operó un continuo descenso de la participación de los productos ganaderos en el total de las exportaciones agropecuarias, lo cual tiene dos implicancias dignas de mención. La primera, que otorga una menor variabilidad a los ingresos de exportación debido a que los precios internacionales de la ganadería son, en promedio, más oscilantes que los de la agricultura; la segunda, que de esta forma se debilita la relación entre las exportaciones y la actividad interna, puesto que los saldos exportables son proporcionalmente mayores en el caso de los bienes agrícolas.

En cuanto a los productos industriales no tradicionales, incrementaron su participación en el total exportado de un 3,2% en 1958 a un 20,7% en 1978.

La descomposición de las variaciones del valor de las exportaciones, a precios corrientes, según la incidencia de los efectos volumen y precio, indicó lo siguiente:

1953/1958. A principios de este subperíodo se registró una baja en el valor total de las exportaciones, como consecuencia de una caída generalizada en los precios, especialmente en los productos agrícolas, no compensada totalmente por los mayores volúmenes.

1958/1963. Se verificó un incremento del valor de las exportaciones, participando por igual los productos de la ganadería y los de la agricultura, aunque en el primer caso son más importantes los aumentos de volúmenes y en el segundo los de precios. Las exportaciones industriales no tradicionales crecieron mucho también, sobre todo durante la recesión de 1962/1963.

1963/1970. Volvió a crecer el valor de las exportaciones, ahora explicado por mayores volúmenes agrícolas, mejores precios ganaderos y más altos precios y cantidades de los bienes industriales no tradicionales. La ganadería entró en un período de retención y por lo tanto decrecieron los envíos al exterior.

1971/1973. Se operó un fuerte crecimiento del valor de las exportaciones, básicamente por un formidable repunte de los precios agrícolas y ganaderos, que fue parcialmente compensado por una disminución de los volúmenes.

1973/1978. El aumento del valor de las exportaciones fue significativo y, esta vez, se explicó fundamentalmente por los mayores volúmenes agrícolas. Los precios industriales evolucionaron en forma positiva, los ganaderos declinaron y los agrícolas crecieron muy levemente.

El cálculo de coeficientes de variabilidad del volumen físico de las exportaciones evidenció que aquélla fue menor para el total de los productos agropecuarios que para cada uno de sus componentes. Esto podría estar indicando una compensación entre las variaciones de las exportaciones agrícolas y ganaderas, lo cual es un resultado sorprendente pues va en contra de una argumentación muy difundida en el sentido de que durante el período de retención de hacienda quedan menos tierras disponibles para la agricultura y, en consecuencia, caen las ventas al exterior de ambos tipos de producción.

En cuanto a las fluctuaciones cíclicas del volumen físico de las exportaciones se constató que las fases expansivas fueron en general, más largas que las contractivas; éstas últimas resultaron particularmente cortas e intensas en el caso de los bienes industriales.

Una característica esencial de las importaciones, en términos de volumen físico, en el período 1958/1978 fue un muy bajo crecimiento y su gran dependencia de las fluctuaciones cíclicas de la actividad económica. Esta gran variabilidad de corto plazo se ha explicado no solamente por las fluctuaciones de la producción industrial sino también por factores especulativos como expectativas de devaluaciones, anticipo de restricciones, etc.

La lentitud de este crecimiento a largo plazo se atribuyó básicamente a un generalizado proceso de sustitución de importaciones, que continuó operándose en los rubros de capital, combustibles y otros insumos.

Los resultados obtenidos confirmaron la presunción acerca de que la elasticidad de corto plazo es sensiblemente superior a la de largo plazo, para el total de las importaciones. Un análisis por productos reveló que dicha diferencia se agranda en los casos en que las importaciones tienen la función principal de cerrar la brecha entre demanda y producción internas.

Con referencia al comportamiento de largo plazo, se evidenció un proceso de sustitución de importaciones bastante marcado en maderas, papel, caucho, repuestos y metales no ferrosos. En otros rubros como

alimentos, textiles, hierro y acero, el mismo fue mucho más lento.

Los datos examinados en el segundo capítulo permitieron concluir que el volumen físico de las exportaciones puede ser procíclico, contracíclico o no estar vinculado con la producción industrial. El comportamiento del total de las exportaciones reveló un predominio de factores contracíclicos entre 1954 y 1965, mientras que a partir de este último año la relación se debilitó debido a la pérdida de participación de la ganadería con relación a la agricultura en el total exportado y al crecimiento de las industriales no tradicionales.

Las fases de retención del ciclo ganadero han durado aproximadamente dos años y medio y las de liquidación cuatro años; las exportaciones de carne disminuyeron en promedio un 18% durante las retenciones y crecieron un 21% en las liquidaciones, con grandes oscilaciones que se explicarían por las diferentes fases del ciclo industrial.

El comportamiento contracíclico de las exportaciones, sumado a la relación directa entre importaciones y actividad industrial, determinaron la evolución del saldo comercial de divisas en las distintas fases del ciclo industrial; éste fue crecientemente negativo en las expansiones y positivo en las contracciones. En todos los casos las reservas internacionales volvieron a crecer en pleno proceso de recesión, continuando su recuperación en las fases iniciales de la expansión; esta evolución se explicó tanto por el balance comercial como por los movimientos de capitales no compensatorios de corto plazo.

En cuanto a la cronología de las reacciones se detectó que primero se restringieron las importaciones de bienes de capital y luego las de productos intermedios y que éstas anticiparon las caídas de la producción industrial. Esto último se explicaría por el hecho de que las medidas adoptadas para solucionar los problemas de balance de pagos impactaron más rápidamente a las importaciones que al nivel de actividad.

El aporte principal de este trabajo es estadístico y consiste en la elaboración de series trimestrales de precios y cantidades del comercio exterior así como de las reservas internacionales. Una limitación básica de los resultados obtenidos se deriva de los datos utilizados, que no contemplan la cuantificación de la subfacturación de exportaciones y sobrefacturación de importaciones, que parecen ser importantes en Argentina debido a la implementación de controles cambiarios.

Juan Carlos Kusznir

STRUCTURALIST MACROECONOMICS: APPLICABLE MODELS FOR THE THIRD WORLD

Lance Taylor
(Nueva York: Basic Books, Inc., Publishers, 1983).

I

Para iniciar el comentario no está de más un repaso de los términos utilizados en el título, puesto que se apartan un tanto del significado convencionalmente atribuido. El criterio seguido en los libros de macroeconomía -y como ejemplo pueden mencionarse los recientes de Gordon, Dornbusch y Fisher y Beare- es distinguir el análisis según se trate de problemas de corto o largo plazo, siendo los primeros típicamente cíclicos y los segundos asociados al crecimiento económico. Taylor considera problemas que denomina de mediano plazo, no obstante que el Cap. 2 habla del corto plazo, empero sin llegar a alterar el énfasis general de sus argumentos. Considerar en forma dicotómica que los problemas sólo son de corto o de largo plazo puede estimarse una cuestión meramente formal y de reducida importancia, si no fuera porque ciertas magnitudes o parámetros son consideradas constantes en uno o en otro caso y más todavía cuando la tradición ya se ha encargado de identificarlas. El análisis de Taylor se hace sumamente difícil de seguir pues la constancia y variabilidad se cambian en forma permanente, dejando al lector sin conclusiones claras en cada proposición. Su afirmación sucesiva de que el corto plazo, por ejemplo, es de un año o menos (Nota 2, Cap. 3), luego, de que durante el corto plazo la unidad monetaria de salario, las expectativas de precios, el stock de capital y la utilización de la capacidad son constantes (pag.86) y finalmente que el mediano plazo -podría quizás llamarse convencionalmente largo plazo- corresponde a una economía con crecimiento estable, todas las variables reales creciendo a la misma tasa y los precios creciendo a la tasa de crecimiento de la oferta monetaria (pag. 109), hacen todavía más complicada la cuestión.

Al adosar el adjetivo estructural al título de la obra, al menos para los latinoamericanos, existe una tendencia a referirla a la conocida escuela estructuralista. A pocas páginas del Cap. 1 se advierte que el análisis tiene poco parentesco, si alguno, con aquella escuela y que corresponde a una vertiente distinta. El examen de la bibliografía y de los agradecimientos permite establecer que las referencias fundamen-

tales provienen del *Journal of Development Economics* -a las cuales deben sumarse contribuciones de los mismos colaboradores en otras revistas-, de tesis doctorales recientes en el MIT o la Universidad de Harvard y de una veintena de estudios sobre problemas económicos de países particulares. Como casi todo este material ha sido producido en los últimos diez años, el libro es un muy loable esfuerzo para sistematizar y divulgar los resultados obtenidos y las proposiciones de política aconsejadas por esta nueva escuela estructuralista. Para llamarlos de algún modo, los clásicos del estructuralismo (Hirschman, Lewis, Nurkse, Prebisch, Sunkel y Olivera), así como los autores que sostienen tesis contrarias a las del libro, tienen una modesta mención. Las características de este nuevo estructuralismo estarían expresadas en la Sección 1.2, pero luego se vé que son mucho más abundantes y complejas que las reglas allí establecidas: aparte de puntos de vista propios, se acogen principios keynesianos, de los economistas latinoamericanos y de los sostenedores de la teoría de la dependencia, para dar a luz finalmente a una saludable versión sincrética de la realidad económica.

En tercer término, el título del libro hace mención a su aplicación a los países del Tercer Mundo, aunque luego el texto es más específico al considerar preferentemente los del Hemisferio Sur (pag. 13). Es por demás conocida que la denominación Tercer Mundo deja mucho que desear y que incluye países con economías y grados de desarrollo de lo más variados. ¿Pertenece Argentina al Tercer Mundo?. Al margen de esta suerte de interrogante, la cuestión sustancial sería determinar las cualidades comunes de las economías de dichas naciones y razonar en base a ellas. Lamentablemente, las diferencias pueden ser tan grandes como las similitudes, de modo que el intento de incluir un grupo tan grande de países en un todo homogéneo es análogo a una extensión irrestricta del "establishment" intelectual de los países avanzados -tan criticada, críticas que no están ausentes del libro-. La utilidad de las ideas de cualquier economista para analizar un problema concretoes materia de un irremplazable juicio deaplicabilidad que cada uno debe hacer, sea que se halle frente a una obra considerada clásica, teórica, aplicada al Tercer Mundo, etc.

II

Si hubiera de caracterizarse el libro de Taylor de alguna manera, quizás no sería adecuado insistir demasiado en las hipótesis, supuestamente más realistas, del nuevo estructuralismo sino en el intento de aplicar en forma consistente modelos computables de equilibrio general. Esta técnica permite utilizar las facilidades computacionales para iluminar problemas económicos, sea para buscar relaciones entre variables o para simular alternativas diferentes de comportamiento o

de decisiones de política. En este aspecto el modelo de la India - entre paréntesis es un país que se ubica en el Hemisferio Norte- descrito en el Cap. 4 y discutido adicionalmente luego, sirve al autor para demostrar la aplicabilidad de esta técnica. Pero eso no puede sustituir un buen razonamiento económico: como el presente comentarista no puede expedirse para la India, puede sí permitirse decir que un intento similar para Argentina hecho por Ke-Youn Chu y A. Feltenstein ("Relative Price Distortions and Inflation: The Case of Argentina *Staff Papers*, 25, 3) en 1978 no cubrió las expectativas que al respecto podrían haberse formado.

Ciertamente estas consideraciones no constituyen una prueba de la bondad de una técnica determinada. Lo que sí cabe afirmar es que el requerimiento de estadísticas exigido por modelos computables de equilibrio general es tan alto que está más allá de las disponibilidades, las posibilidades agregaría alguien, de cualquier país en desarrollo, del Tercer Mundo o del Hemisferio Sur. Verbi gratia, estimaciones del stock de capital PK , del coeficiente de utilización de la capacidad productiva u , de la riqueza privada W , etc. Sin duda no es un buen criterio formular un modelo analítico empírico teniendo en cuenta únicamente la disponibilidad de datos, como tampoco lo es ignorarla completamente. En este caso se descansa en estadísticas de compleja elaboración, lo que lleva a un grado de confiabilidad bajo, más que en estadísticas más simples, más fáciles de obtener y más confiables. Las calificaciones al uso de los datos del cuadro insumo-producto y la forma de determinación de la función consumo para la India son ejemplos que trae el mismo libro de las limitaciones estadísticas.

Las técnicas de computación, disponibles en un país en vías de desarrollo aún cuando no tuviera estadísticas básicas medianamente confiables, puede ser de utilidad para ensayar simulaciones de políticas y alternativas. Como tal, esto no es objetable sino elogiabile. Pero insistir en las conclusiones que pueden derivarse de fórmulas matemáticas con independencia de experiencias históricas determinadas es bastante peligroso, mucho más cuando ellas sirven de base a reglas prescriptivas. En muchos casos, a lo largo del análisis de Taylor, las fórmulas son tan complicadas y los supuestos tan débiles que resulta prácticamente imposible imaginar la situación real correspondiente. No es extraño que el mismo autor considere posibles comportamientos contrarios (véanse las Fig. 6.1 y 6.2 en pág. 112 y 113, las 8.1, 8.2 y 8.3 en pág. 154-156 o el análisis de la Sección 11.4 como ejemplos) o diga que la reacción de la economía es desconocida. La cuestión llega a agravarse de tal manera que en algunos casos puede dudarse la existencia de contenido económico empírico de varias formulaciones.

El énfasis es siempre encontrar una posición de equilibrio y la discusión de las condiciones de estabilidad para que aquélla pueda llamarse tal. La preocupación naturalmente es correcta, la relevancia

empírica, en cambio, será puesta en duda por quienes ponen mayor peso a lo "político" de la economía, desde que por su título el libro aspira a su aplicabilidad a los países del Tercer Mundo. Si la intención fuera presentar un texto teóricamente inobjetable, habría que hacer una suerte de economía cualitativa, una lista de conclusiones a las cuales se llega partiendo de ciertas hipótesis de comportamiento. Como se sabe, las posibilidades de este ejercicio son muy modestas: la incorporación de hipótesis realistas requiere abandonarlo aún cuando no es seguro que una mayor riqueza del análisis no lleve a resultados igualmente ambiguos.

III

La inversión juega un papel central en la explicación macroeconómica brindada por cualquier modelo, sea de corto o largo plazo. En el corto plazo, para un keynesiano convencido, las variaciones de la inversión sirven para explicar las fluctuaciones experimentadas por el producto y el empleo; en el largo plazo, el volumen de ahorro-inversión habrá de caracterizar diferentes senderos de crecimiento. La conciliación entre estos dos puntos de vista, ya que la inversión es una y la distinción entre el corto y largo plazo solamente un arbitrio analítico, no es tema resuelto por la ciencia económica convencional, a no ser que se suscriba la tesis schumpeteriana del crecimiento destructivo del régimen capitalista.

Esta dicotomía está presente al comparar el Cap. 2 y el 6 del libro. En el primero pareciera que se tratan los determinantes a corto plazo de la inversión, pero en el segundo se expresa que ella se ajustará de algún modo a los ahorros (pág. 110). En resumen, el problema tampoco aquí está resuelto, aún cuando haya la impresión de que no hay inconveniente alguno al pasar del corto al largo (mediano, según la terminología del libro) plazo. Cuando se tratan de establecer de manera concreta los determinantes de la inversión Taylor es bastante ambiguo: Hay demasiados, no se sabe si corresponden al corto o largo plazo, permanentemente se cambian los supuestos, en fin uno no deja de sentirse en terreno resbaladizo. Sucesivamente la demanda de inversión o la tasa de crecimiento del stock de capital, que no es lo mismo y menos en términos de comportamiento, depende de la tasa de beneficio o de la tasa de utilización de la capacidad, de la diferencia de la primera con la tasa de interés (nominal o real), tal cual se dice en pág. 9 (Supuesto 7), de un factor autónomo (Fórmula 2. 7, pág. 17), de la disponibilidad de préstamos bancarios o la emisión de acciones (pág. 92), de la tasa real esperada de interés (pág. 110), etc.

Algunas hipótesis no parecen razonables. En la Fig. 2.1 (pág.18) los empresarios enfrentados ante una mayor tasa de beneficio /

($r_2 > r_1$) deciden hacer mayores inversiones, medidas aquí por la tasa de cambio de stock de capital (g_1 y un valor más grande no identificado con letras en el gráfico), en presencia de capacidad subutilizada (u_1). A no ser que existieran expectativas muy perfectas, sería de esperar que la curva de demanda de inversión neta fuera cero hasta el máximo de la capacidad utilizada u , o alternativamente, si se considerara la inversión bruta, que fuera una paralela al eje de la tasa de beneficio hasta dicho punto.

Finalmente, la distinción entre inversión destinada al incremento de la capacidad productiva e inversión en inventarios está enfatizada demasiado, máxime cuando se habla por doquier de la tasa deseada de incremento de la primera. Las variables, o la forma particular como influye una misma variable, determinantes de una y otra clase de inversión no están aclaradas. En un ámbito inflacionario puede ocurrir que la inversión en inventarios sustituya colocaciones financieras líquidas, y entonces la tasa real de interés a corto plazo será un elemento primordial para justificar operaciones especulativas. Este fenómeno no deja de ser cierto, sin embargo probablemente no es tan generalizado para acordarle relevancia universal.

IV

La extensión del modelo desde el Cap. 5 en adelante para considerar activos financieros se basa en el esquema propugnado por Tobin en su artículo de 1969 en el *Journal of Money, Credit and Banking*. Algunas modificaciones, según el autor, tienden a simplificar el modelo a efectos de hacerlo corresponder mejor a los países del Tercer Mundo. No obstante, las simplificaciones realizadas no son las más felices (o al menos no están suficientemente explicadas) ni representan hechos de la vida real. Por de pronto, de entrada no se define exactamente el concepto de moneda (u oferta monetaria), a pesar de usar una y otra vez la mención de política monetaria; sobre esa última cabe preguntar qué variables se toman para definirla, el objeto que quiere alcanzarse o el plazo de referencia. Igual limitación tiene el concepto de velocidad V , que no es ninguna magnitud monetaria reconocible.

Según el esquema de pág. 93 hay varias premisas cuestionables. Primero, la base monetaria sólo puede ser creada mediante el déficit presupuestario. F es anterior a H , si bien contablemente sean iguales. Aunque este supuesto puede realísticamente hacerse, ¿qué pasaría si la economía tuviera un presupuesto balanceado?. Esta hipótesis se deja de lado al incorporar moneda extranjera (pág. 121), lamentablemente a cambio del supuesto ficticio y poco práctico de ausencia de impuestos. Segundo, no hay una correspondencia estricta entre el Cuadro 5.1 (pág. 93) y 8.1 (pág. 147); claro que esta correspondencia no es imprescindible para desarrollar el argumento, pero no es menos

cierto que su existencia haría más fácil la lectura. El supuesto que todos los préstamos del sistema financiero se dedican a financiar la inversión en inventarios parece exagerado, a pesar de ejemplos que pueden darse de fiebres especulativas. Tercero, no hay por ninguna parte una vinculación expresa entre las variables monetarias y los precios.

Este último punto lleva al interrogante más profundo acerca del tipo de economía monetaria subyacente. Obviamente puede cuestionarse que la cantidad de dinero determine los precios nominales: el mismo Taylor acepta que los precios nominales se establecen por medio de la variable exógena salario nominal, en una suerte de modelo con salario patrón. Su consecuencia hace referencia implícita al tipo de política monetaria, que no sería otra que la de una moneda pasiva de acompañamiento de los precios. Una política monetaria contractiva (o expansiva) implica cambios en la oferta monetaria menores (mayores) que los cambios en los salarios nominales y por consiguiente en forma automática una política de tal naturaleza supone salarios reales más bajos (o más altos) que los anteriormente vigentes. Tal interpretación puede no ser la correcta, aunque se sigue de su comparación con la política tradicional de expansión o contractación monetaria con precios y salarios supuestamente fijos (una hipótesis contraria a la de expectativas racionales).

Estas dificultades se agravan con la existencia de postulados que parecen contradecirse con los hechos o con el sentido común. Por ejemplo, se afirma que un crecimiento monetario más rápido conduce a una menor inflación (pág. 119 ss), lo cual no deja de ser heterodoxo pero cabe preguntarse si es verdadero en la vida real. Otro, aunque una definición operativa de moneda u oferta monetaria se demora hasta el Cap. 8, el problema es inclinarse por una economía con moneda activa o una con moneda pasiva, tal cual se menciona en el Cap.9: mientras en el primer caso la cantidad de moneda determina (o es un factor central) los precios nominales, en el segundo caso, éstos están establecidos por otros fenómenos no monetarios. La coexistencia de los dos mundos no se producirá simultáneamente en ninguna experiencia concreta, por lo cual expedirse al respecto se vislumbra como una cuestión esencial.

Similares problemas se hacen patentes en la definición de riqueza privada neta de la colectividad. En una parte del análisis se parte del principio que no hay más tenedor que el público, pues las empresas habrían obtenido un préstamo igual al importe de su capital. Pero desde la pág. 149 se toma como riqueza privada del público la que resulta descontando la posición de las empresas, de modo que éstas forman un segundo grupo de tenedores netos. Ahora bien, como la riqueza del público ya no es la riqueza total del sector privado, el análisis partiendo de la composición financiera de ésta no resulta contablemente correcto. Un aspecto adicional del mismo carácter es la consideración de

los préstamos al público otorgados por los bancos comerciales (Tabla 8.1), los que lógicamente deberían aparecer también en la columna de pasivos; sin embargo, el valor neto ha sido consolidado para tener la magnitud de la riqueza del público. Un poco difícil de aceptar es que la riqueza del público pueda afectarse mediante los efectivos mínimos legales (pág. 149), un fenómeno que sólo habrá de ocurrir bajo el supuesto implícito de que hay un cambio en el déficit fiscal, único posible en la base monetaria de una economía cerrada.

En el Cap. 10, destinado al estudio de la inflación, conviven dos concepciones distintas, aún cuando una tipología más general les acordara parecidas características: por un lado, la explicación por la escasez de alimentos: por otra, la debida a la lucha distributiva entre empresarios y obreros (explicada ya por Aujac en la década del cuarenta). En los países del Tercer Mundo sería de mayor aplicación la primera, ya que en raras ocasiones es dable encontrar un movimiento obrero organizado y fuerte como para que la segunda tenga sentido. Al margen de esta distinción, la teoría estructuralista de la inflación, como lo puntualiza Olivera en su artículo del *Trimestre Económico* de 1960, requiere tres presupuestos básicos: variación en los precios relativos (lo cual ocurre cuando un cambio en la estructura de la demanda debe hacer frente a una oferta inelástica), inflexibilidad descendente de los precios nominales y cambio incesante en el equilibrio económico. Aceptados los dos primeros presupuestos, tales fenómenos no dan origen a un proceso permanente como la inflación sin la tercera condición, normalmente cumplida si hay una transmisión fácil y rápida de los desequilibrios en un mercado a los demás según la ley de Walras. Esta última condición prácticamente no es tenida en cuenta en el análisis de Taylor, y en todo caso parece difícil abordar un fenómeno dinámico acudiendo a métodos estáticos de equilibrio.

Alguien que ha vivido una experiencia de alta inflación como la argentina puede preguntarse acerca del sentido -no sólo de la aplicabilidad- de una política de largo plazo en materia de precios nominales. ¿Es posible diseñar algún modelo realista de largo plazo? Si los efectos económicos de una medida económica dada son bastante impredecibles a corto plazo en un ambiente inflacionario cuanto más lo son los efectos de largo plazo, que en última instancia deberían deducirse de argumentos completamente distintos de los modelos desarrollados por Taylor. Esto es particularmente válido para una política de estabilización de precios usando como instrumento un crawling peg activo hasta llegar al estado de crecimiento equilibrado (pág. 155). ¿Hay alguna posibilidad de tal estado en la práctica cuando los apartamientos de corto plazo o en el sendero de ajuste desencadenan mucho antes del equilibrio estable una crisis financiera u otro fenómeno correctivo similar igualmente traumático?.

La escasez física de producción agrícola no es causa de inflación, sí de aumentos de precios, que no necesariamente tienen ese carácter; un exceso de demanda puede serlo, esto es, poniendo precios y expectativas en el cuadro. Así, la cuestión de la persistencia del aumento de precios nominales queda en pie. Una economía básicamente agrícola tendrá menos conexiones entre los diferentes mercados que una economía avanzada, por lo cual es de esperar encontrar mayor predisposición a la inflación en los países de ingreso más alto entre los del llamado Tercer Mundo. Si bien omitidas de una consideración seria, las expectativas juegan un rol muy importante cuando se pasa de suponer que se repetirá lo que ocurrió en el pasado inmediato a una posición más sofisticada para predecir el futuro. Por igual razón parece realista el criterio sustentado en la Sección 9.2 de tomar como variables de ajuste los precios agrícolas y la producción no agrícola, cuando se sabe que en la segunda se encuentran oligopolios (más poderosos que en el sector agrícola) cuya política es fijar cantidades antes que precios.

V

En el último capítulo se encuentran prescripciones explícitas de política, no obstante que algunas hayan sido expuestas a lo largo de los demás. Al contrario de las expectativas que pudiera haberse formado el lector, quizás es la parte menos interesante del libro. Tales expectativas hubieran sido diferentes si el autor de entrada hubiera descartado la posibilidad de extraer conclusiones muy fuertes de un marco tan general como el estudiado o de modelos predicados para diferentes circunstancias. Es más, la decepción sería menor si la meta esperable fuera poco ambiciosa que si ella es alta, máxime cuando está teñida de connotaciones ideológicas. Esta insatisfacción es todavía mayor cuando las conclusiones pueden derivarse de otras argumentaciones que no envuelven modelos generales sino la realidad cambiante de país a país. Lamentablemente estas limitaciones recién son mencionadas en la Sección 11.13.

Gran parte del capítulo está destinado a criticar las políticas atribuidas al FMI de restricción monetaria, devaluación, eliminación de subsidios a los alimentos, liberalización financiera, crawling peg activo y redistribución del ingreso. No es tarea del comentarista defender tales políticas o sostener que son buenas -esto eventualmente deberán hacerlo los funcionarios del FMI -sino señalar que la tónica negativa general lleva a interrogarse acerca de las políticas recomendadas en forma positiva. Manejando modelos tan amplios como los desarrollados donde caben situaciones opuestas sobre la operación de los distintos parámetros, el autor se inclina tácitamente (algunas veces explícitamente) por las políticas del FMI si se dan ciertos supuestos. Que se den o no es una cuestión de cada país y de cada momento, de modo

que el descrédito del consejo del FMI siempre corresponde a una apreciación de naturaleza empírica.

La lectura de este capítulo de políticas deja la impresión de que ellas nacen de la experiencia o de un modelo económico bastante sencillo, sin necesidad de acudir a las relaciones sofisticadas desarrolladas en el cuerpo del libro. Es posible que un economista cualquiera esté de acuerdo con las conclusiones sin coincidir con el análisis del autor, pues puede encontrar bastante difícil asegurar que las primeras siguen claramente al segundo. La recomendación del método de simulación para un país y un momento concreto, expresada al comienzo de la Sección 11.8, es el punto más valioso, si bien hace inoficiosa la discusión de políticas generales. Más fundamentalmente, el problema de política no es sólo encontrar o disponer del instrumento adecuado sino de su correcta dosificación, sin la cual aquélla no tiene sentido. Tal cuestión viene a cuenta cuando en párrafos anteriores al capítulo de políticas se propone como medida para abordar problema tan difícil como el de la inflación la inversión pública financiada por impuestos (p.170): si la primera nace de la incapacidad o irresolución del Estado para establecer impuestos, la propuesta de mayores impuestos de todos modos requiere una decisión o un poder político mayor que el existente.

VI

Algunos errores tipográficos (págs. 33,41,49,55,etc.) y otros que pueden alterar el razonamiento del lector no avisado (págs. 49,91,etc.) podrían haberse evitado con una más minuciosa corrección.

Dicho esto, cabe ahora una evaluación sintética del libro. La respuesta es que ha hecho pensar, y mucho, para adaptar el razonamiento del autor a la experiencia concreta de un país. Esta es la parte positiva del libro, no obstante que pudiera argumentarse que hay una dosis innecesaria de nuevas variables y relaciones, que éstas deben competir con las de la ortodoxia, que las conclusiones no parecen demasiado novedosas, etc. En tal sentido es un tratado y no un texto de moderna economía estructuralista. Con este último carácter, la recomendación de uso docente en cursos elementales debe ser negativa. Aparte de su complejidad conceptual, habrá de llegar al lector incauto que está dispuesto a recibir antes que a criticar, incluso que no tiene elementos suficientes para hacerlo. Para quién debe diseñar políticas, las variables o relaciones definidas por Taylor no se apoyan en un aparato con mayor sustento estadístico, por lo cual la pretensión de aplicabilidad del título difícilmente puede cumplirse.

Aldo A. Arnaudo